

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRIPCION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 rs. ftes.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE



LA REDACCION
y Administracion
RICLA, NUM. 68
A DONDE
DIRICIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
a DOS REALES FTS.

EL MORO MUZA.

PERIODICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

A LOS CERROS DE UBEDA.

Yo no sé lo que hay en esos malditos cerros, porque nunca los he visitado.

Es decir, considerándolo bien, y aquí para entre nosotros, puede que yo los haya visitado mas de una vez, y mas de cuatro, porque los mortales, en cuyo número tengo la pena de contarme, para lo que ustedes gusten mandar, solemos hacer muchas cosas sin saber que las hacemos, y una de ellas es ir á los cerros mencionados.

Tanta verdad hay en lo que digo, lectores, que ninguno de los que andan por los cerros de Ubeda sabe por donde anda, si los demás no se lo advierten, y aun así hay hombre que, después que se le avisa, diciéndole: ¡buen hombre! ¡el ensimismado! ¡cuidado con tropezar, que anda V. por los cerros de Ubeda! se queda tan fresco, creyendo que se le engaña y que donde está es en la redacción de su periódico, si es periodista.

Por eso ignoro yo si he estado alguna vez en los tales cerros. Solo sé que no hago memoria de ello, y eso, considerándolo bien, y aquí para entre nosotros, equivale á no haberlos visitado nunca.

Pero, aunque nunca los haya visitado, que eso no lo sé, ó por mejor decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, no lo recuerdo, tengo para mí que ha de haber algo en los cerros de Ubeda, cuando tanta gente los visita, y ese algo es una fuerza magnética que ejerce una irresistible atracción sobre los seres ferruginosos, entre los cuales coloco yo á la mayor parte de los polemistas.

Es decir, considerándolo bien, y acá para entre nosotros, no se trata de los polemistas instruidos y de buena fe, con los cuales se

puede estar tratando años enteros una cuestión, sin salirse de ella; se trata de los que se estiman en mucho, sabiendo poco; porque estos, como quieren poner de cualquier modo fuera de combate al que los abruma con razones propias ó con citas ajenas, se largan inmediatamente á los cerros de Ubeda, y desde allí dicen todo lo que se les antoja, que es lo que menos viene al caso, empezando por poner en tela de juicio las buenas intenciones de quien ha respetado las suyas.

Por ejemplo, yo, que nada debo al Gobierno actual, que nada pienso deber al que le reemplace, y que deseo la eterna conservación de los dominios españoles, estoy aquí hecho un ministerial acérrimo, con el ánimo de continuar siéndolo, suceda lo que suceda, porque creo de buena fe que la predicación de la autonomía, bajo cualquiera de sus formas, es lo menos patriótico que se le puede ocurrir á un buen ciudadano. Impulsado por ese ministerialismo, que no puede ser mas desinteresado, no solo he querido hacer ver mi gratitud hacia el Gobierno de la Metrópoli, que nos ha mandado cuarenta mil hombres para cascar las liendres á los *mambises*, sino que me ha parecido conveniente tranquilizar á los buenos españoles de Cuba, probando que las ventas ó cesiones de territorio no se hacen donde domina la opinión pública, como felizmente sucede en España, sino donde el jefe del Estado puede asegurar que el Estado es él, como acontece en Rusia, y por lo tanto, qué tocan el violon en grande los periodistas que en Madrid hablan de la cesión ó venta de esta Antilla, puesto que, aun en la hipótesis inadmisible de que el Gobierno tratase de rea-

lizar lo que pretenden dichos periodistas, no podría hacerlo, por impedírselo la pública opinión, aire vital de su existencia.

Para demostrar, amados lectores,

Que es una gran verdad lo que yo digo,
Y todo lo demás importa un higo;

Es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, deseando yo llevar siempre el convencimiento en mis razones, pedí hoy hace ocho días su apoyo á quien sabe mas que nadie, que es la Historia, y si alguien pensase lo contrario que yo, en el supuesto de ser falso lo que yo dije, buena ocasión tendría de lucirse, haciendo ver que los que han vendido ó cedido reinos, provincias ó navíos españoles no fueron D. Pedro III de Aragón, ni D. Felipe IV, ni D. Felipe V, ni D. Carlos III, ni D. Carlos IV, ni D. Fernando VII de España, sino D. Baldomero Espartero, D. Agustín Argüelles, D. Juan Alvarez y Mendizabal, D. Leopoldo O'donnell, D. Francisco Serrano, D. Juan Prim y otros constitucionales.

¡Oh! si alguien saliese con eso, dándome en los hocicos con el texto de autoridades históricas por el mundo reconocidas, me baldaba; es decir, considerándolo bien y acá para entre nosotros, no me baldaba, pues, antes al contrario, ¿qué deseo yo, sino que se me instruya para dejar de ser ignorante? Pero nadie puede tener esa salida, porque, como en punto á hechos no hay opiniones, todos los historiadores que se consulten convendrán en que la venta del Rosellón y la carta de cesión de la Sicilia en el siglo XV, el Tratado de los Pirineos, por el que se cedió el Rosellón á Francia en el siglo XVII, la aceptación del Pacto de Utrecht, por el que se

concedió á los ingleses la posesion de Gibraltar, en el siglo XVIII; el regalo de las dos Sicilias á un hijo de Felipe V, la cession del Paraguay á los portugueses, la de la Florida á los ingleses, el Tratado de Basilea, por el que se cedió Santo Domingo á la Francia, obras todas del propio siglo; el Tratado de Luneville, por el que se obsequió á Napoleon con la Luisiana y seis navios de linea; el de Washington, concluido en 1819, por el que se vendió La Florida á los Estados Unidos, y en fin, el Convenio que ántes, en 1808, se había hecho en Bayona, por el que se entregó al Emperador de los franceses la España entera, con todas sus posesiones de América, Africa y Asia, no han sido cosas hechas por Espartero, ni por Argüelles, ni por Mendizábal, ni por O'donnell, ni por Serrano, ni por Prim y de consiguiente, no cabe discusion sobre esos puntos.

Pero, ¿qué sucederia, si álguien, por estar sujeto al pesado yugo de las preocupaciones, tuviese interés en contradecirme y quisiese hacerlo de cualquier modo? Lo regular seria que, no teniendo la razon de su parte, procuraria ponerse en evidencia, es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, que, si contra la lógica de los hechos, álguien quisiera volver negro lo blanco y vice versa, se iria corriendo á los cerros de Ubeda, y desde allí empezaria á gritar, diciendo cosas tan fuera de sazon como éstas: ¡Anda, que me tienes ira! ¡Anda, que el órden de Cuba depende de la fuerza mas que ciertos sistemas, y tú no lo comprendes! ¡Anda, que crees saber historia, y deberias estudiarla! ¡Anda, que procura embaucar á la gente de pocos alcances!

Lo dicho es una suposicion, pues ya sé que no puede haber quien me diga tales tonterías. Es decir, considerándolo bien y aquí para entre nosotros, bien pudiera decirlas cualquiera de los que, sin poder remediarlo, se van á los cerros de Ubeda, porque el que perora en dichos cerros está autorizado para todo; pero si tales apóstrofes se me dirigiesen, nada me sería tan fácil como contestar diciendo: ¡Eh! ¡buen amigo! ¡el que anda por los cerros de Ubeda! ¡Sepa V. que yo no le tengo ira, sino muy buena voluntad, aunque siento verle extraviado! ¡Sepa V. que lo primero que dije yo el año pasado, en el mes de Enero, cuando publiqué en Madrid un periódico titulado *Jerémías*, fué que Cuba se sostendria mejor con bayonetas que con libertades, y no he dejado de predicar eso mismo! ¡Sepa V. que, si no conozco la historia, me hará un gran favor el que me la enseñe, y creo que ese no será quien la destruya todos los días! ¡Y sepia V. en fin, que mas trazas lleva de querer embaucar á la gente el que como V. declama, sin probar lo que dice, que el que, como yo, razona con la historia en la mano!

Esto diria yo, para mi vindicacion, en la rara hipótesis de que se me hiciesen cargos tan estrambóticos como los supuestos, Pero voy á dejarlo, por si tambien estoy ferruginoso; es decir, considerándolo bien y aquí para nosotros, temo estar en los cerros de

Ubeda, sin saberlo, puesto que los que andan por esos malditos cerros no saben por donde andan, y no quiero seguir, exponiéndome á soltar alguna inconveniencia.

EL MORO MUZA.

LA VIDA DEL HOMBRE.

I.

Nace, y el comadron le ata el ombligo;
Llora, patea, el cura le bautiza,
Y halla en el seno de feroz nodrizo
Grato alimento y sofocante abrigo.

Fuerte aroma llevar suele consigo,
Que á la nariz del prójimo electriza.
Rompiendo á andar, á la familia hechiza,
Y él se rompe la crisma en un postigo.

Va á la escuela y en ella hace amistades
Con gente que le pega y pone motes,
Y que le enseña á hacer barbaridades;
Aprende el A. B. C. y hace palotes,
Y alternando con mil enfermedades,
Alcanza un premio, trás dos mil azotes.

II.

¡Adios el escondite, adios el marro!
No hay que llamarle niño, que se irrita;
Luce orgulloso la primer levita,
Y echa los bofes al primer cigarro.

Gasta, en el pelo, de pomada un tarro,
En brazos del amor se precipita,
Y haciendo el oso á alguna señorita,
Agarra un tabardillo ó un catarro.

Juega al billar: si no es un calavera,
Procura parecerlo por las trazas,
Y es al momento amigo de cualquiera.
Pasa el dia en las calles y las plazas,
Y en sus conquistas mil, ó en su carrera,
Consigue como premio..... calabazas.

III.

El que tan mal habló de la mujer,
Desengañade ya... se casa, al fin,
Y entre mujer y suegra y chiquitin,
Vejeta condenado á padecer.

Vive de trabajar, ó pretender;
No tiene una ilusion en el magín,
Es su estado normal el negro esplín,
Y ódia feroz lo que adoraba ayer.

Sale con su mujer á pasear;
Hecho anda un azacan de norte á sur,
Y es el burro de carga de su hogar;
Juega de vez en cuando algun albur,
Y no teniendo nada en que pensar,
Se ocupa de politica..... y abur.

IV.

Ya le llega la raya hasta la nuca,
Y es rarísimo el pelo que se salva,
Y vé, cuando se peina, que la calva.....
Le pide á voz en grito una peluca.

Si quiere hablar, se pierde y se trabuca;
Le explotan sus parientes, á mansalva,
Almuera caldo y cena flor de malva,
Y andante al medio dia se desnuda.

Los nietos le rebajan el bolsillo;
De sus parientes el deseo eterno.
Es que, al fin, se lo lleve un tabardillo;

Los médicos le empujan al infierno,
Y cuando, al cabo, muere el pobrecillo,
Solo le llora..... su ama de gobierno!

BOABDIL EL CHICO.

EN SEMANA SANTA.

¿Aun piensas que ha de haber tregua
Para un infame bandido?
¿Aun no estás arrepentido,
Presidente de comedia?

Detén tu insegura planta,
Que estás en Semana Santa;
Y aunque estúpido furor
Te sacó de tus casillas,

¡Ea, Céspedes traidor!
¡Hincate ya de rodillas,
Y reza el Yo Pecador!

¿Aun de este mundo á la faz
Blasonas de mastodonte,
Tú, montaráz Agramonte,
O Agramonte montaráz?
De dejar de ser blasfemo
Llegó el instante supremo;
Y pues cual libertador
Piensas, menguado, que brillas,
Siendo todo un salteador,
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

¿Aun no has medrado bastante,
Marqués de Santa Lucia,
Y ser quieres todavía
Marqués de Trampa-adelante?
Mira que el tiempo ha llegado
De purgar todo pecado;
Y pues, gran disipador,
A la nobleza mancillas,
De que has sido desertor,
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

¿Aun ves los males con calma
Y la justicia te arredra,
Mármol, que tienes de piedra
Tanto el nombre como el alma?
Si naciste empedernido,
Muéstrate ya arrepentido;
Y, pues, como es de rigor,
Buscando va tus costillas
El garrote vengador,
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

¿Aun la tea que fulgura
Causando horrores te agrada?
¿Aun no ves, necio Cavada,
Cavada..... tu sepultura?
Ve que á ruda penitencia
La semana te sentencia;
Y pues serás, malhechor,
Atizado en Cinco-Villas,
Donde fuiste atizado, (1)
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

¿Aun mares de vino surcas
Aguilera, y aun te asanas,
Persiguiendo á las cristianas,
Tú, que solo tomas turcas?
Ve que en la presente fiesta
Toda pasion es funesta,
Y en fin, pues por bebedor
Siempre has andado en cuellillas,
O de otra suerte peor,
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

¿Aun.....? Mas observo, á fé mia,
Que tanto nombre importuno
Recorrer, uno por uno,
Larga tarea seria.
Y pues manda la experiencia
Descargar hoy la conciencia,
A todo perturbador,
Que deshonre las Antillas
Diré, haciéndole favor:
Hincate ya de rodillas
Y reza el Yo Pecador.

AVICENA.

(1) La diferencia está en que al *atizado* de incendios se le atizarán palos.

EL TAPETE VERDE.

(CONTINUADA.)

—¡Blas! exclamó D^a Juana levantándose como una serpiente.

—He estado en una, dijo aquel continuando.

—Y habrás perdido todo el dinero que llevabas en el bolsillo. ¿No es esto?

—Mira el duro que me diste ayer, míralo.

D^a Juana se sosegó un tanto á la vista de la moneda.

—Ay, Juana, Juana, si todas las noches saliera de esas casas como hoy, bien podía dedicarme á jugador y dejar el destino y pasar allí dos horas todos los días, porque en ese tiempo he ganado todo esto: mira.

Y tal diciendo D. Blas, con la alegría reflejada en su risueño semblante, se acercó á una mesa, y fué vaciando sobre ella sus bolsillos, hasta que hubo formado un gran montón de oro y plata, entre cuyas monedas, que producían entre sí al chocarse un ruido embriagador, había muchos billetes de banco.

D^a Juana, con los ojos muy abiertos, fijas las pupilas, entreabierta la boca y sin expresión el semblante, miraba aquel dinero que su esposo se complacía en enseñarla.

—Pero ¡Dios mío! dijo al fin con acento de duda, ¿es nuestro todo eso? ¿De veras es nuestro?

—De veras, dijo D. Blas, todo nuestro. A mí, al principio, la verdad, me costaba casi repugnancia creerlo así, y no sentía gusto al cogerlo; pero, al ver que todos los que ganaban ponían una cara de pascua que daba gusto verla, me tranquilicé completamente.

Por supuesto que se gana bien el dinero del juego.

—Tú sabes lo que he sufrido mientras con la vista fija en la baraja el banquero pasaba las cartas?

—Tú sabes lo que se siente mientras acaba ese momento, que si durase más sería irresistible?

Pues has de saber que he sufrido mucho, en medio del placer que me daban las ganancias que obtenía.

Todo ese dinero que ves lo he ganado con un duro, con el que me distes ayer.

—¿Y cuánto es esto? preguntó D^a Juana.

—No lo sé, dijo el empleado, no lo conté: he pagado al cochero que me ha traído, y Pedro se ha llevado mil reales en calidad de préstamo.

D^a Juana y D. Blas empezaron á contar el dinero.

La aurora de un día nebuloso empezaba á iluminar el firmamento, cuando el matrimonio se acostaba, después de haber hecho mil proyectos respecto al empleo de aquella cantidad, gruesa en efecto, fabulosa á sus ojos, solo acostumbrados á mirar los treinta duros con que el Gobierno pagaba mensualmente el celo y los servicios de D. Blas.

IV.

Pasaron quince días durante los cuales, ambos esposos fatigaron sus imaginaciones, excitadas por la fortuna que les favorecía, en pensar cuál sería el más ventajoso destino de aquel dinero.

Pero antes de decidirse á imponerlo en

alguna parte, nació bajo el pelado cráneo de D. Blas, un pensamiento que se propuso poner en práctica.

En dos horas, se dijo, gané todo este dinero, el cual, separando cierta cantidad no muy grande, podré aumentar tal vez de un modo extraordinario. Volveré á la casa de juego y aventuraré un duro. Si lo pierdo, me retiro, y aunque lleve más en el bolsillo, no juego hasta otro día en que sea la suerte más propicia. Vuelvo, pongo otro duro, me retiro también, si lo pierdo, y así sucesivamente continúo obrando hasta que logre acertar. En treinta días, lo más que puedo perder son treinta duros, y difícil será que en todo el largo espacio de un mes, no haya siquiera un día venturoso.

Esto se dijo el bueno de D. Blas, y pasó á paso dirigiése al garito, subió, puso un duro, ganó seis, y por temor de perderlos, salió de allí presuroso.

Aquella ganancia fué desconocida para D^a Juana, que había prohibido terminantemente á su esposo la vuelta á tales sitios, por lo cual, este, temiendo disgustarla, á pesar de haber ganado, ocultó aquel nuevo rasgo de protección de la fortuna.

Al día siguiente volvió á visitar el garito, y puso otro duro, uniendo cinco de ganancia, con lo cual, el germen de la afición al juego, que había nacido en su corazón la noche que jugó por vez primera, se fué desarrollando poco á poco.

D. Blas continuó yendo á aquella casa por espacio de un mes, y al cabo de este tiempo, habiendo perdido unas noches y ganado otras, se halló con unos cuantos miles de reales, desconocidos de D^a Juana.

V.

Un día al fin, D. Blas salió de la casa de juego con la tristeza retratada en el semblante; todo el dinero que había estado ocultando á su esposa había pasado á manos de un nuevo poseedor, merced debida á una sota, que tuvo el singular capricho de salir antes que un rey, figura que esperaba anhelante D. Blas, el cual, á impulsos de una coronada, había colocado á una carta todo el dinero que llevaba.

—Sí, soy un tonto! exclamaba, al abandonar la casa de juego. —Sí, tengo yo la culpa! —A quién le ocurre fiarse de una coronada?

Y recordando la cantidad perdida, triste y meditabundo dirigióse á su casa.

Eran las ocho de una noche de Marzo, en que el viento parecía haber barrido de las calles á la gente.

D. Blas llegó á su casa, situada en extraviado barrio, y supo que su esposa acababa de marchar á velar á una amiga suya, que se hallaba gravemente enferma.

D. Blas, pues, aquella noche, por primera vez, desde el día en que se casó, iba á dormir solo.

Esto aumentó la tristeza de que ya iba poseído.

Sentóse ante el brasero, echó, como él decía, una firma, recobró el calor perdido, y allí, al amor de la lumbre, dióse á pensar en lo peor que ocurrírsele podía: en el dinero que había dejado en la casa de juego.

—Lástima de dinero! exclamó! Si yo pudiera recobrarlo!

Y el demonio, sin duda, fué poco á poco inspirando á D. Blas la idea de recobrar aquel dinero.

El nuevo jugador sostuvo consigo mismo una lucha tenaz: su corazón le impulsaba hacia el sitio donde su esposa guardaba toda la cantidad ganada por D. Blas la primera noche en que pisó la casa de juego: su cabeza se resistía; cuando pensaba en ello, sin dejarse alucinar por el deseo, apartaba la vista de aquella mesa que encerraba el dinero, y procuraba, aunque en vano, alejar de su mente aquella idea fija.

Así pasaron las horas, acostóse la criada, y en la casa empezó á reinar sepulcral silencio.

VI.

Las once sonaban en un reló cercano, cuando la puerta del cuarto que D. Blas habitaba, se abrió cautelosamente, y una sombra se deslizó por la escalera.

Era D. Blas que, después de abrir la puerta de la calle, embozado en su larga capa, y con el paso ajitado é intranquilo de un criminal, huyó de su casa, dirigiéndose al Centro de Madrid.

La ambición había hecho presa en él, y le dominaba, le conducía, le arrastraba mejor dicho, á la casa de juego.

En sus bolsillos llevaba todo el dinero que D^a Juana conservó, desde la noche en que fué ganado, y aquel dinero, poco á poco, se lo fué arrebatando la suerte, y D. Blas vió desaparecer de ante sí un montón de oro; y cuando la primera luz de la aurora empezaba á luchar con la niebla de la noche, salía de aquella casa el desventurado D. Blas, con el semblante lívido, los ojos hundidos y anguloso el rostro.

Dirigióse con paso vacilante á su casa, entró en ella y arrojóse vestido sobre la cama intacta todavía.

D. Blas quiso llorar, y no pudo.

Cuando el sol salió, levantóse sin haber conseguido dormir: la fiebre le daba fuerzas para sostenerse en pie.

La criada, que ignoraba la ausencia de su amo durante la noche, extrañó verle vestido tan temprano.

—¿Está V. malo? le preguntó.

D. Blas no contestó; estaba preocupado con la idea de aquella pérdida, que concebía irreparable.

—No, no, imposible, decía: yo no lo digo á Juana que he cogido el dinero que ella guardaba, que lo he perdido, no, eso nancé.

Entonces se dirigió á la mesa donde se hallaba ántes guardado el dinero, abrió el cajón, y al ver algunas monedas de oro, que brillaban allí apiladas, las cogió, púsose la capa, y salió de su casa decidido á jugar todo por el todo.

Los garitos estaban aun cerrados, y permaneciendo por las calles impaciente, esperando que abriesen alguno de los muchos donde tantos van á perder su fortuna, su honor y su felicidad.

(Continuará.)

LA REDACCION DEL PERIODICO DE NUEVA YORK DAYS' DOINGS.



(Habiendo ese periódico publicado algunos cuadros españoles faltos de verdad, le dedicamos este lleno de ella.)



LOS INCENDIARIOS COCIDOS ENTRE DOS FUEGOS.

EL DEDO EN LA LLAGA.

Cada cosa en su tiempo y los nabos en adi-
vinto.

En esta Perla, que algunos patriotas, mas
fogoneros que fogosos, han querido conver-
tar en rubí, álias, carbúnculo (1), resonó hace
algunos años la palabra *reformas*, que no dejó de hallar eco, á pesar de la mala opinión
que gozaban los que la pronunciaron, ó por
lo mismo que los que la pronunciaron tenían
pésima fama.

—¿Cómo sucedió esto? Voy á decirlo. La
sociedad cubana, que no se acordaba de la
política, creyó que de lo que se trataba era
de que reformasen sus costumbres los que
pedían las reformas, y ya están ustedes sa-
tisfechos.

Efectivamente. ¿Qué perdía nuestra socie-
dad con que los filibusteros se arrepintiesen
de su mala vida pasada, los trampos pagas-
sen con puntualidad en lo sucesivo, los em-
busteros cobrasen amor á la verdad, los pe-
dantes se hiciesen modestos, los trapisondis-
tas renunciasen al embrollo, los ambiciosos
reconociesen su falta y los que habían rene-
gado de su sangre mostrasen el propósito de
la enmienda? Todos creímos de buena fé que
estas eran las reformas de que se trataba, y
digimos: ¡vengan las reformas!

Pronto supimos que de lo que se hablaba
era de derechos políticos; que uno quería li-
bertad de conciencia, no habiendo tenido ja-
más conciencia el que tal cosa quería, otro
pedía *comicios*, (Aguilera siempre estuvo por
los *bebicios*), otros aspiraban á tener represen-
tación en Córtes, como si ya no la hubieran
tenido en diferentes círculos..... de cuentas,
y esto era lo mas general, como que hasta en
los montes han pretendido pasar luego por
padres de la Pátria los que habían nacido
para padres del Yermo; algunos reclamaban
el derecho de petición, siendo así que siem-
pre estaban pidiendo, y en fin, todos habla-
ban de garantías, debiendo advertirse que
ellos sabían multiplicarlas, pues hombre hu-
bo que de una sola finca, diez veces hipote-
cada por arte de birlibirloque, hizo diez ga-
rantías, para clavar á otros tantos prestamis-
tas inocentes.

¡Cosa increíble! Como los reformistas, en
general, eran inclinados á despilfarrar lo suyo
y lo ajeno, se esperaba que hablarían de
todo menos de las cuestiones de órden eco-
nómico; pero también de eso se ocuparon, y
pidieron la contribución directa. Ya hemos
sabido para qué la pidieron, para llegar in-
directamente por el camino directo á indisponer
á los habitantes de Cuba con el Go-
bierno de la Madre Pátria, que era lo que
ellos pretendían.

De modo, lectores, que no eran sus malas
costumbres las que pensaban reformar los
reformistas del estrabismo, y los llamo así, por-
que casi todos han probado ser bicos en po-
lítica, puesto que, cuando aparentan mirar al
plato, miran á las tajadas.

Sin embargo, tal ha sido siempre en nues-

(1) Llámose carbúnculo al rubí por suponerse que lucía
en la oscuridad como un carbon encendido.

tros hombres de estado el deseo de compla-
cer á los habitantes de Cuba, insulares y pe-
ninsulares, que, pensando que lo que pedían
unos pocos lo pedían muchos, por ser tan
chillones los pocos que cada uno alborotaba
por mil, y no conociendo, como, aunque tar-
de, habrán llegado á conocer los generales
Serrano y Dulee el carácter villano y traidor
de aquellos infames, nacidos para morder la
mano que aparentaban besar, vinieron las
reformas, cuyos resultados justifican lo que
últimamente ha dicho D. Napoleón Arango,
sobre no estar aun Cuba en estado de sopor-
tar ni aun lo que, aceptando el programa de
Cádiz, pudiera venir de la Península.

Y no obstante, ¿han dejado de realizarse
las reformas que á la salud económica del
país convenian, por aplazarse las ocasionadas
á fuertes indigestiones?

No por cierto, y por eso todos estamos hoy
aplaudiendo esas reformas con que nuestras
primeras autoridades política y rentística,
después de haber suprimido los tributos di-
rectos, pueden decir á la nación: «El prome-
dio de nuestras rentas marítimas y terrestres
dá el aumento de un ciento cincuenta y cinco
por ciento.»

Eso, lectores míos, eso es lo que se llama
en buen castellano: «poner el dedo en la
llaga.»

¡Qué! ¿Hay quien se ofenda? Puede que sí,
porque hay hombres bastante susceptibles
para dar la más siniestra interpretación á las
palabras más sencillas. Capaces serán algu-
nos de suponer que yo he querido calificar
de llaga, ó de plaga, la administración rentís-
tica de otros tiempos, es decir, de cuando
no había Comisiones de Vigilancia, y se
equivocarán los que así discurrán, pero tanto,
que estoy dispuesto á darles anticipadamen-
te una explicación tan satisfactoria como la
siguiente que cierto doctor, muy conocido
en la Habana, dió delante de testigos á un
compañero suyo, que se quejaba de que le ha-
bía llamado jorobado:

«Los que propalan que quise
Vejar á mi camarada,
Llamándole jorobado,
Mienten, y la cosa es clara.
Mal pude decir tal cosa,
Pues, como á los ojos salta,
El señor..... no es jorobado;
Es..... cargadito de espaldas.

Cierto es que se habla de Vistas de Adua-
na que, años atrás, con solo ejercer su em-
pleo durante cinco ó seis meses, se hacían
grandes propietarios; pero ¿no podía suceder
que los tales sujetos tuvieran la suerte de
acertar dos ó tres veces seguidas con el pre-
mio gordo de la lotería? Verdad es también
que, desde que se establecieron las Comisi-
ones de Vigilancia, se ha obtenido en nuestras
Aduanas marítimas el aumento prodigioso
de un ciento setenta por ciento; pero ¿no pu-
diera explicarse este admirable beneficio por
el refran que dice: «mas ven cuatro ojos que
dos?»

Es claro, ¿cómo algunos funcionarios, tal
vez miopes, habían de ver lo que ese Argos,
ese cuerpo de muchos y buenos ojos que se
nombra Comisión de Vigilancia? ¿Y hemos

de injuriar á un hombre por que no vea tanto
como varios, cuando existe una sentencia
popular que le absuelve de su falta?

Otra explicación tiene el misterio, y es la
indolencia humana.

Por esta comprendo yo..... pero no; aho-
ra veo que iba á decir un disparate. Iba, lec-
tores, á decir que, según mis noticias, había
el año pasado en Madrid más de cuatro ciu-
dadanos que buscaban grandes empeños pa-
ra conseguir ciertos destinos en las Aduanas
de Cuba, y todos han desistido de sus pre-
tensiones, desde que supieron que se habían
establecido las Comisiones de Vigilancia, de
lo cual pensaba yo equivocadamente deducir,
que los que tan generosamente han renun-
ciado á tomar los empleos que ántes solicitaban,
tendrían poca afición al trabajo.

¿De dónde sacaba yo esta rara consecuen-
cia? Del aumento que las rentas han tenido,
pues, en efecto, parece que debe trabaja-
rse más cuando se obtienen mejores resulta-
dos. Pero luego se me ha ocurrido que, cuan-
to más aumentan los ingresos, es señal de
que trabajan más las Comisiones de Vigilan-
cia, y por consiguiente, cuanto más trabajan
dichas Comisiones, menos tendrán que hacer
aquellos funcionarios á quienes prestan su
auxilio.

Ergo, no son indolentes los que hoy dese-
chan en Madrid aquellos destinos que ántes
solicitaban con tantos empeños; al contrario,
si tuviesen poco amor al trabajo, ahora les
convendrían mejor que ántes los indicados
destinos. ¿Qué serán entonces? Yo, que siem-
pre me inclino á lo mejor, creo poder asegurar
que he dado en el *quid*. Para mí, lecto-
res, aquellos que hoy desdeñan los destinos
que ántes pedían con ahínco, son hombres
bien relacionados, que han sabido de buena
tinta el cambio que aquí ha tenido la suerte;
es decir, han averiguado que aquí no les cae
á ciertos individuos el premio gordo de la
lotería con tanta frecuencia como ántes, y no
teniendo probabilidades de hacer grande
fortuna, prefieren quedarse como estaban.

Ya ven, pues, lo errado que estaban los
que creyesen que yo había intentado apelli-
dar llaga, ó plaga, á la administración de las
Aduanas de otros tiempos.

Con todo; lícito debiera serme el usar
esa figura, que, no porque no sea parlamen-
taria, deja de ser retórica, sin ofender en su
moralidad á los funcionarios; porque, co-
mo ántes he dicho, mas ven cuatro ojos que
dos, y bien pudiera haber sido llaga, ó plaga,
lo antiguo, sin que los empleados tuvieran
la culpa de ello. ¡Vaya si pudiera! La prueba
de que podría, está en que llaga la nombra
todo el mundo, puesto que, al ver los resul-
tados que han producido las reformas plan-
teadas por los Excmos. Sres. Gobernador Su-
perior Político e Intendente de esta Provin-
cia, todo el mundo dice á coro: «esos señores
han puesto el dedo en la llaga.»

Quéjese ahora el que no esté contento, que
yo, amigo leal de los empleados probos, y
creo que estos lo son en su inmensa mayoría,
tendré el derecho de decir: á nadie tanto co-
mo á los funcionarios públicos debe lison

jejar la idea de que se ha moralizado la Administración pública, y que esa Administración se ha moralizado se demuestra con el aumento de ciento cincuenta y cinco por ciento que han tenido, en promedio, las rentas marítimas y terrestres de esta Antilla. Si algun empleado, que no lo espero, vituperase las reformas que han producido este resultado, ya sabemos que tiene poco interés por la Patria y que no merece su empleo. Así lo entenderá seguramente el Gobierno de la Metrópoli, y así lo entienden, sin duda, nuestros dignísimos Gobernador Superior e Intendente, que, cuando necesiten auxiliares para cualquier puesto, desde el más elevado al más ínfimo, los encontrarán desinteresados y activos en todos los hombres honrados de Cuba, desde el más afortunado al más pobre; porque todos tenemos interés en que continúen su marcha salvadora los que han puesto el dedo en la llaga.

AMURATES.

MEJOR QUE MEJOR.

Estas palabras me traen á la memoria un tipo creado, y habilisimamente sostenido, por mi amigo Florentino Sanz, en su excelente drama titulado: *D. Francisco de Quevedo*.

Digo creado, porque, aunque ese tipo es el optimista, que ya nos presentó Voltaire en el doctor Pangloss, este, como filósofo, razona y tiene la muletilla de la idea, sacando de todo la consecuencia de que nada puede ir mejor de lo que va en el mejor de los mundos posibles, que es el que habitamos, mientras que el personaje del drama de Sanz tiene solo el estribillo de la palabra *mejor*, que repite con extraordinaria frecuencia.

Si se le dice que ha ocurrido tal cosa..... *mejor*;

Si oye decir que sucedió lo contrario..... *mejor*,

Si averigua que no hubo nada de lo uno ni de lo otro..... *mejor*. Nunca este bísílabo se le cae de la boca.

¡Y qué! ¡No está el mundo político lleno de caractéres como los dos optimistas mencionados? Estoy por decir que lo son hasta los que la echan de pesimistas, porque estos, que por regla general figuran en la oposición, hasta lo que realmente es malo les parece lo mejor que puede ocurrir, para ver si se hunde el orden de cosas que no les cuadra.

Seguro estoy de que nunca los laborantes de Nueva York habrán hecho tanto consumo de la palabra *mejor* como desde que las cosas se pusieron lo *peor* que podían ponerse para su causa.

Que las cañoneras salieron para Cuba. *Mejor*, diría Aldama; con eso los insurrectos, no esperando refuerzo de fuera, tendrán que aprender á ser valientes.

Que la Metrópoli mandó á Cuba numerosos batallones. *Mejor*, diría Bramosio, así las enfermedades endémicas podrán atacar á mayor número de españoles.

Que los *mambises* llevan palos en todas partes. *Mejor*, diría Morales Lémus; así ve-

rá Banks que necesitamos absolutamente la intervención extranjera.

Que los rebeldes, que no han cometido felonías, se van presentando..... *Mejor*, dirá Nestor Ponce, así los que queden jugarán el todo por el todo.

Que los insurrectos pierden sus banderas, ó las arrojan para correr mas aprisa..... *Mejor*, dirá la republicana del chucó, Dña Emilia; con eso tendré que bordar otras.

Todo es mejor para quien vive de ilusiones, y por eso, aunque los que pierden tienen sus raptos de pesimismo, hay siempre entre ellos mayor número de verdaderos optimistas que entre los que ganan.

Esto es muy general, y buena prueba de ello acaban de darnos los partidarios del duque de Montpensier.

Tengo, lectores, hecha mi profesión de fe política y la ratifico. No soy amigo ni enemigo de ninguno de los partidos militantes de la Península, porque creo que todos tocan el violón, queriendo hacer otra cosa, y sepa el que triunfe de los demás, que no aspiro á merecer nada. He hablado en otra ocasión de las candidaturas que andaban en juego, no para mostrarme partidario de ninguna, yo, que tampoco soy partidario de lo que pudieran plantear los inverosímiles republicanos modernos, sino para señalar las que tenían mas ó menos lógica y mas ó menos probabilidades de triunfo.

Pues bien: ya no sostengo todo lo que dije entonces, ¿Y se dirá por eso que he variado?

No, los que han variado son algunos de los candidatos, con las cosas que han hecho. Uno de esos candidatos es el príncipe Alfonso, del cual han desaparecido dos tercios, uno con su viaje á Roma, donde ha ido cargado de regalitos (1) y otro con ponerse á recibir la educación del conde de Cheste, personaje que no puede ser simpático en España, desde que abusó de su posición apaleando á un pobre portero de las Cortes y haciendo pasear por Madrid á un escritor con un papel burlesco en el pecho; de manera que, allí donde había un candidato entero, no queda mas que un tercio de candidato, y hasta esta fracción desaparecerá, si continúa el niño escuchando los consejos de los que han causado la caída y expatriación de su madre.

Pero si de dicho candidato no queda mas que un tercio, de otro no queda absolutamente nada, y ese otro es el duque de Montpensier.

Pero de contado, sin negar las buenas prendas de ese príncipe, á quien respeto, y á cuya familia he defendido alguna vez, viéndola injustamente vilipendiada, siempre he creído que su triunfo era muy difícil, por formar sus partidarios, numéricamente hablando, la más insignificante minoría que ha existido en la nación española; pero desde el desgraciado lance que produjo la muerte de D. Enri-

que de Borbon, el triunfo de la candidatura Montpensier no me parece difícil, por que eso es cualquier cosa; me parece lo que se llama..... imposible de toda imposibilidad.

Sin embargo, leamos lo que escriben sus amigos y veremos aparecer en estos otras tantas copias del doctor Panglots, ó del personaje del *D. Francisco de Quevedo*.

—¿Pero no ven ustedes, se les dice, que si antes era impopular el duque como uno, ahora tiene que serlo como ciento?

—Mejor, contestan ellos; cabalmente no es al público á quien se tiene que dar gusto, sino á los elementos conservadores, que son los interesados en que cese pronto la interinidad en que vivimos.

—¿Pero no ven ustedes que ese hombre ha dado muerte á otro? ¿Cómo puede llegar á ser jefe de una nación el que de un modo tan terrible ha infringido sus leyes?

—Mejor; porque, al matar á otro, ha dado pruebas de ser valiente, y en cuanto á lo de la infracción de las leyes, ya se han arregloado las cosas de modo que aparezca que el muerto se suicidó involuntariamente, probando una pistola. Así ha dictado su sentencia el juez de Jetafe.

—¿Pero no ven ustedes que el remedio es peor que la enfermedad? ¿No comprenden ustedes que, sabiendo todo el mundo lo que ha pasado, esa sentencia es la burla de la legislación vigente? ¿No está diciendo eso que con un rey como Montpensier abundarian jefes como el de Jetafe?

—Mejor es eso que lo que ha pasado en Francia; donde todo un Alto Tribunal de Justicia del Imperio acaba de absolver al príncipe Pedro Bonaparte, convicto y confeso de haber dado la muerte al ciudadano Victor Noir.

—No tengo datos para juzgar lo de Francia; si el fallo del Tribunal ha sido contrario al de la opinión, ya producirá sus efectos. De todas maneras, se han cubierto allí las formalidades del procedimiento, sin burlas que puedan amenguar el prestigio de la toga, lo que no ha sucedido en el asunto de Jetafe, que habrá hecho reír á mucha gente, y es muy difícil que vuelvan á respetar la justicia los que han llegado á reírse de ella. ¿No habría sido mas digno de aplauso el suceso, pagando á Témis el debido tributo, es decir, siendo Montpensier indultado de la pena que los tribunales le impusiesen con arreglo al Código?

Nada, los montpensieristas no creen que las cosas que han ocurrido hayan perjudicado en lo mas mínimo á su candidato. *Mejor* dicen á todo, y sería tiempo perdido el disputar con ellos.

En cuanto á mí, permítaseme, antes de acabar este artículo, decir que no apruebo el fondo ni la forma de los insultos que D. Enrique de Borbon dirigió al duque de Montpensier, por mas que en su carta hubiese trozos capaces de tocar en el corazón á todo buen patriota, y eran aquellos en que el ilustre difunto, hablando de Gibraltar y del Dos de Mayo, é invocando el nombre venerable del solitario de Logroño, manifestaba tener sen-

(1) Una de las cosas que mas perjudicaron á la ex-reina Isabel en la opinión, fué que, cuando el Tesoro se hallaba exhausto, dicha Sra., entregada al P. Claret y á la monja Sor Patrocinio, pensaba enviar unos cuantos millones á Roma.

tiramientos altamente españoles; pero, por duros que fuesen los indicados insultos, ¿no está el duque de Montpensier arrepentido de la mayor dureza con que los ha castigado?

Pues si es así, diré que, no solo han disminuido las probabilidades de su candidatura, sino que no merece reinar quien tiene tan entero el tesón de la venganza, y esto lo digo, no solamente porque lo siento, sino para que los montpensieristas tengan ocasión de lueirse diciendo: «¡Qué! ¿El Moro Muza considera muerta nuestra candidatura? Mejor que Mejor.»

EL MORO MUZA.

CONSUELSKO DE TRIPISKAS
DE LOS NUEVOS POLAKOSKIS.

Habiendo llegado los emigrados á reconocer que su causa está enteramente perdida, parece que han resuelto cometer la barbaridad de comparar á Cuba con Polonia, y titularse ellos *los polacos del Nuevo Mundo*; y á fin de dar algún *verdad* á invención tan pueril, han variado la terminación de muchas palabras, haciendo que acaben en *iska, owska, aski, asko*; bien que esto último era muy natural, porque *asco* acaban dando todas las cosas de los *laborantes*.

La sesión que celebraron, después de una resolución tan *desesperadisa*, fué terrible, según buenos informes. Estaba la sala de Aldamaski llena de *mamarrachoskis*, como *Morales Lemuiski, Mestreski, Piñeiroski, Fesseraski, Bramosiowski* y otros *eiusdem farineskis*, cuando entró el *fugitivoski Quesadaski* y habló en los términos siguientes:

—Laboranteskis: está visto. Los *yankees* no nos reconocen beligeranteskis, y Aldamaski se ha hecho tan Arpagonoski, que no dá una pesetaska para un remediosko. Seamos, al fin, sinceroskis, confesando nuestra derrotaska, y contentándonos con que las personas mentecataskis digan al vernos: ¡pobrecitos polakoskis!

Tomó entonces la palabra el buen Aldamaski, con mas calor que el de costumbre, y exclamó:

—Paisanoskis: lo que ha dicho el preopinanteski es propio de un truaneski ladronoski.

—Sublimeski!, dijo por lo bajo Piñeiroski.

Porque ese Piñeiroski es partidario de Aldamaski, á quien se asemeja en las narices: solo que, como es tan vano, dice que no es él quien se parece á Aldamaski, sino que es éste quien se parece á él. Aldamaski continuó:

—Es logicoski. ¿Qué se podía esperar de un mandriaski, que ha sido despedidoski de la jefaturaska mainbisiska con cajas destempladas por cobardeskis? ¿No es bien sabido que los diputadoskis de la maniguaska estaban hartos del despotismoski de ese generalísimoski de papeleski?

—Ordeneski, señor Aldamaski! gritó Morales-Lémuski: ya sabemos que Quesadaski es un farsanteski; pero usted no le va en zagski, pues prometió V. millonoskis y mas millonoskis, para luego llamarse, no Aldamaski, sino Andanaski.

—Calle V., embrollonoski, dijo Aldamaski. ¿No sabe V. que ya me va faltando el dineroski, gracias á V., á Ponce Leoneski, Javier Cisneroski y otros galafateskis? ¡Ah! Si yo hubiera tenido mejor olfatoski!

—Poco á pocoski, interrumpió Piñeiroski: á V. le faltarán el sentido comuneski; pero no el olfatoski, teniendo una narizoska inmejorableksika.

—En efectoski, dijo Bramosiowski.

Pero no pudo decir mas, porque con su peso hizo añicos la butaca en que se había arrellanado, y cayó envuelto entre los pedazos de dicho mueble.

Quiso ayudarle Fesseraski; pero este pobre cojo perdió el equilibrio y cayó tambien.

—Pues allá voy yo, dijo Rodriguezki, el cual, con su pata galana, siempre va en pose de su colega de cuartos traseros, y cayó igualmente.

Por fortuna, llegó Doña Emiliska con quince ó veinte banderas, de cuyos palos se hicieron palancas para mover á Bramosiowski; pero los palos se rompieron, con ética pesadumbre de la incansable bordadora, que ha jurado no dejar de componer banderas mientras tenga un soplo de vida en los huesos, pues ella no puede tenerlo en otra parte. Por fin, habiéndose pedido auxilio á la marinera, fueron unos cuantos hombres que, provistos de buena maquinaria, pudieron poner á flote el Leviatan viviente que se llama Bramosiowski.

Y no he sabido mas, sino que la gente se divierte con los emigrados, desde que estos dieron en nombrarse los polacos del Nuevo Mundo; de manera que los infelices, por donde quiera que van, oyen cosas como éstas:

—¡Pobrecitos polakoskis! ¡Qué lastimáska que sean tan cobardeskis y ridiculoskis, teniendo tanta inventiveska para urdir patrónaskas!

IBRAHIM.

NOTA.—En el número próximo se probará que, ni hacen favor á los polacos los que se comparan con ellos, ni honran á Cuba los que la llaman Polonia.

MISCELANEA.

—Se sabe, por fin, quién aprehendió á los cabecillas Arredondo y Cueto?

Según mis informes, ese honor corresponde á los Bomberos (ocho hombres, entre los cuales había un capitán, un teniente y un sargento) que fueron los que registraron el platanal donde estaban dichos cabecillas, y donde estos se les rindieron ántes que llegasen otras fuerzrs. Así resultará de la información que se haga, y si así no resultase, siempre dará el Moro al César lo que fuere del César.

—Vaya, vaya! ¡Conque los periódicos que en Madrid han hablado de la venta de Cuba no llegan á los tres ó cuatro que suponíamos? Se han reducido á dos, después de todo, y si dos contra uno, pájaro grullo, ciento contra dos..... buenas noches nos dé Dios.

El caso es que no son siquiera dos, los tales periódicos; porque uno de ellos es *El Universal*, fundado, según se dice, con el dinero de los que hoy andan por Nueva York, ó por la Manigua, y un periódico así, tiene tanto voto en las cosas de Cuba como los libelos que se publican contra España en los Estados Unidos, en Yucatan ó en Cayo-Hueso. De modo que,

En la cuestión capital,
¿Qué queda al gremio importuno,
Quitando *El Universal*?
Fuerza de los nueves..... uno.

Ese uno es *La Discusión*, cuyo solo nombre está diciendo que ha venido al mundo para discutirlo todo. Pero, según el adagio: *uno y ninguno, todo es uno*.

Conque, sumemos
La lista horrenda
De los diarios
Que hablan de ventas.
Y encontraremos,
¡Cosa como ella!
Uno, mas Uno.....
Cero á la izquierda.

—Oiga V., preguntó Quesada á un jóven cubano en Nueva York. ¡Conque el otro dia en una casa, donde se defendía mi honradez, llevó usted la contraria?

—Perdone V., señor Quesada, contestó el jóven: yo no he oido á nadie decir que V. sea hombre honrado.

Tambien á Aldama le ha ocurrido una cosa digna de contarse.

Mandó á buscar un médico, diciendo que tenía jaqueca, y el facultativo parece que contestó: diga V. que no puede ser jaqueca lo que tiene el Sr. D. Miguel; porque ese mal no ataca mas que á las personas de entendimiento.

Entre tanto, el ilustre conde de Valmaseda, en una valiente proclama que ha dado, concede ocho días á los tunos que vagan hacía las Tunas para acogerse á indulto. Pasados estos ocho días, no habrá mas que la muerte para dichos tunos.

La cosa no puede ser mas clara ni mas justa; y sin embargo, aun serán capaces los tunos de hacer como que no la entienden.

Pero á los que no quieran entenderla, les aconsejo que no pidan explicaciones, porque, entre las muchas buenas cualidades que tiene el conde, una de ellas es que no le gusta decir las cosas dos veces.

Eso es, precisamente, lo que deben hacer, y lo que harán, sin duda, nuestros bravos generales, no decir las cosas dos veces: porque los *mambises* son tan solapados como aquél recluta que, habiendo pedido la licencia de un par de horas para ir á su casa, fué preciso ir á buscarle al cabo de dos días, y cuando le interrogaron sobre su tardanza, dijeron: que no había oido el reloj.

Cada vez que Doña Emilia tiene noticia de lo mal que se portan los *libertadores*, los cuales, como es sabido, corren como liebres al ver á nuestros soldados, parece que suele exclamar: ¡Ah! ¡si yo llevara calzones.

Y tiene razon, porque á una facha como la suya, mejor le estarian los calzones que las sayas.

Ya se sabe porqué Doña Emilia no es devota de San Agustín.

Hubo teólogos en el principio del cristianismo que sostuvieron la idea de que, después de la resurrección de los muertos, las mujeres se volverían hombres, y San Agustín combatió esta idea en su libro titulado: *La ciudad de Dios*. ¡Ah! Eso de quitarle la ilusión de llevar calzones algun dia, no se lo perdonaría la republicana del chuchó ni al mismo San Agustín.

El primero que enseñó á correr á los *mambises* fué Céspedes, y este acaba de parodiar al bailarin Vestris en una réplica.

—Sabe V., le dijo el marqués de Santa Lucía, que todos nosotros corremos ya mas que V.?

—Ya lo creo, contestó Céspedes, bien podéis, discípulos míos, correr mas que yo, puesto que yo no he tenido tan buen maestro como vosotros.

Charada.

Ver en sí prima y segunda,
Dá gran pesar á una dama,
Y prima y tercia amonestan
Al que por los codos habla.
Tercia y segunda componen
Cosa que en los libros se halla,
Y el todo está en las maniguas,
Haciendo la guerra á España.

SOLUCIÓN DE LA DEL NÚMERO ANTERIOR.

Buen Muza, tu charadilla
No ofrece dificultad;
Es nombre de una *entidad*,
Jefe de esa camarilla,
A que ufano el mambí llama
Junta-Cubana. Es un *tieslo*,
Autor de un gran *patífiesto*.
¿He pintado bien á Aldama?

ERRATA.

En el número anterior de este periódico, página 214, línea 42, donde dice *Milciades*, léase: *Euribiades*.

IMPRENTA «EL IRIS», OBISPO 20.